

SAN PEDRO DE VERONA, MÁRTIR

Día 29 abril

P. Juan Croisset, S.J.

San Pedro, uno de los primeros mártires que dio á la Iglesia, de Dios el sagrado Orden de Predicadores, nació en Verona de Lombardía por los años del Señor de 1205, de padres inficionados de la herejía de los cataros ó maniqueos; pero como la Divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infección en medio del contagio.

Parece que había nacido con una como aversión natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendían imbuirle en ella. Prevenido de no sé qué oculta gracia, aun antes del uso de la razón, igualmente despreciaba los halagos, caricias y sollicitaciones que las amenazas, los golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ansia instruirle desde niño en los elementos de su herejía.

Persuadido el padre á que el horror que mostraba el niño á la doctrina de su secta era inquietud orgullosa de la niñez, que con la edad podría corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniqueo. Aprendió el niño Pedro con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los Apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al salir un día de la escuela, le encontró un tío suyo de los más furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y, preguntándole qué lección había dado aquel día, el niño comenzó á recitarle el *Credo*. Indignado el hereje, quiso corregirle, y comenzó á amenazarle, á

interrumpirle, á intentar hacerle callar; pero el niño, sin turbarse ni hacer caso de él, fue continuando su lección, y no le fue posible al tío hacer que callase, hasta que le dijo el resumen de todo lo que creía. Admirado y aun enfurecido el hereje, se fue derecho á casa de su hermano, contóle lleno de cólera lo que le acababa de pasar con su hijo, añadió que, si esto no se remediaba con tiempo, algún día daría mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarle que en todo caso no le permitiese estudiar.

Ya porque el padre de nuestro Pedro fuese uno de los que hacen vanidad de ser muy indiferentes en materia de religión, ó ya porque juzgase que siempre le sería fácil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo más que reír y celebrar el lance; y estuvo tan lejos de no permitir que estudiase, que antes bien, observando en el chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sabio.

Con efecto, lo fue en poco tiempo nuestro Pedro; pero aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupción de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verosímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que, una vez que la licencia de las costumbres le estragase el corazón, seria fácil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona había preservado á su entendimiento de los errores, preservó en Bolonia su corazón de los pecados, y le asistió para que conservase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolución.

Al paso que la virtud crecía con la edad, crecía con la virtud el miedo á los peligros. Cada día los iba

descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la brillantez de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles y gratísimos modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de todos ellos. Acababa de nacer la santa y célebre religión de predicadores, y, reputándola todos por puerto seguro de salvación y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto cuando resolvió abrazarle, y, pasando á buscar á su santo fundador, se echó á sus pies y le pidió con instancia le recibiese por hijo y por discípulo.

Aunque tenía á la sazón solos quince años, descubrió en él Santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras, y una vocación tan conocida y tan visible, que luego le admitió en la Orden, previendo que algún día había de ser lustre y ornamento suyo. Muy desde luego confirmó el porte de Pedro al santo fundador en el concepto que había formado de él, porque ningún novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenía á la vista en una comunidad donde todos servían de modelo; pero él, no sólo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podía excederlos en el camino de la perfección.

Dejándose llevar con demasía del impulso de su fervor, declinó en excesos. Era su vida un perpetuo ayuno, y apenas daba lugar á que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigiliass. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habían cerrado todos los conductos de la comida, de manera que costaba mucha dificultad hacerle pasar el

alimento. En medio de eso quiso Dios que cobrase la salud, y, habiendo hecho la profesión religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacía en el estudio de las ciencias eran correspondientes á lo que adelantaba cada día en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se preparó presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su celo. Descubrió un talento eminente para el pulpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una unción que ablandaba los más duros corazones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y sus talentos. Ya hacía mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro Santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones más dolorosas y de mayor humillación.

Hallábase en Como del Milanés, extraordinariamente favorecido de gracias celestiales; y estos extraordinarios favores que recibía en la contemplación eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Oyéronle en una ocasión hablar dentro de su celda algunos religiosos, ó poco advertidos, ó demasíadamente celosos, ó no muy aficionados á Fr. Pedro ; y figurándoseles que habían percibido la voz de una mujer con quien hablaba, le acusaron al prior, vistiendo la acusación de circunstancias tan plausibles, que el prelado llegó á creer que, por lo menos, había habido alguna imprudencia, y por ella fue severamente reprendido en público capítulo. Teníase gran concepto de su virtud, y así sólo se creyó que había tenido la indiscreción de dejar entrar en su celda á alguna mujer para oíría en penitencia. El mismo contribuyó más que nadie á su condenación, porque, preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, sólo

respondió que era grande pecador y que pedía penitencia. Impusiéronsele, y después le desterraron al convento de Jesú en la Marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificación no sólo acrisoló su virtud, sino que le dio tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oración todo lo que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios más humildes y más penosos de la casa; pero Dios volvió por su inocencia cuando el Santo estaba más gustoso con su humillación. Llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusación, y se le restituyeron todos los honores, volviendo á emplearle en los mismos ministerios que antes, lo que fue para el humildísimo Pedro mortificación más dura y más insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicación, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia; sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico celo la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Bolones y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el pulpito movía á los más duros, convertía á los mayores pecadores, y todo el auditorio salía por lo menos deshaciéndose en lágrimas y compungido. Los pueblos le salían á recibir en tropas á los caminos; y apenas había pecador, ni aun hereje, que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabra, luego que predicó en Florencia, se acobardaron los herejes, y, habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevían á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el país á los herejes; y en menos de seis años

logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos celo, ni con menos dicha á los pecadores y á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veía precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra, anunciaban su llegada los pueblos, las villas y las ciudades enteras que se anticipaban por oírle, y al entrar en las ciudades le recibían con repique general de todas las campanas. En Milán se vieron obligados á hacer una silla de manos, portátil y cerrada, para conducirlo de un lugar á otro después que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo apóstol no pararía hasta exterminarlos, recurrieron al artificio, y, juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, los habló de esta manera: «Ya veis que el crédito que este fraile ha sabido granjearse de este pueblo, igualmente ciego que insensato, por medio de sus falsos milagros, va á ser la ruina total de nuestra secta: no hay que perder tiempo; el mal insta, el remedio debe ser pronto, y veis aquí el expediente que me ha ocurrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis, me fingiré enfermo, me mezclaré entre los demás, y, cuando pase ese embustero, comenzaré á clamar, como ellos, que me sane; él entonces me pondrá sin duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz, y dirá que ya estoy sano. Yo descubriré el embeleco y haré visible al pueblo el embuste de su predicador».

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra; pero, con gran confusión del partido, presentóse el hereje delante del Santo, y éste le dijo: *Si estás malo, ruego á Jesucristo que te pongas bueno; pero, si estás*

bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientes, y el pueblo le glorifique. Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podría llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, él mismo comenzó á publicar á voces su artificio; pidió al Santo que se compadeciese de él, abjuró públicamente la herejía, y recobró la salud del alma y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vieron quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro Santo; vieron se desvanecer los enredos y marañas del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por más que el Infierno bramaba contra Fr. Pedro de Verona, que así le llamaban los, herejes, él confundía á éstos y triunfaba de aquél. Animada su fe con el encendido amor que tenía á Jesucristo, y con la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen, era cada día más viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa se derretía en lágrimas, y cuando rezaba el Rosario, siempre recibía del Cielo algún nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo el papa Gregorio IX los tristes progresos que iba haciendo la herejía, y bien informado de la virtud, sabiduría y celo de nuestro Santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, baluarte firmísimo de la fe, centinela de la religión, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desatado éstos tan furiosamente; este santo tribunal, á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpetuamente desterrado de sus confines el error, y la más pronta extinción de la herejía ; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los

enemigos de la religión, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejía, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el celo con la autoridad, persiguió la herejía hasta en su mismo atrincheramiento, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero, aunque su celo era ardiente y vigoroso, nunca fue amargo ni violento; su carácter era, en parte, la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversión del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenían, sabiendo bien que sin convertirse no había que esperar cuartel ni buena composición; con lo que, obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo inquisidor la conspiración, pues predicando un día dijo públicamente: *Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero ésta es la mayor dicha que me pueden solicitar, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los días pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la Misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerlos mayor guerra después de muerto.*

Habiendo sabido los jefes de los sectarios, que estaban en Milán, cómo el Santo regresaba á esta ciudad de su convento de Como, donde era prior, y adonde había ido á pasar las Pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron éstos á esperarle entre Barsalina y Guisano. Uno de ellos, llamado Carino, alcanzó al Santo, que iba rezando, y, descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto; derribado el santo mártir en tierra, y nadando en su misma sangre, recogió todos sus espíritus y comenzó á rezar el símbolo

de la Fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba Fr. Domingo; pero, advirtiéndole que el santo inquisidor se había levantado lo mejor que pudo, y se había puesto de rodillas para acabar el *Credo*, dejó al compañero, volvió á él como una furia, metióle por el pecho el estoque hasta la guarnición, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio el día 29 de Abril de 1252, á los cuarenta y seis años de edad.

Fue conducido el santo cuerpo á Milán, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Eustorgio, titular del convento de predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesión, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los santos, aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual expidió el decreto de su canonización. Se sacó el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos días expuesto á la pública veneración, fue colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslación durante el capítulo general de los dominicos, que se celebró en Milán, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho más magnífico que el primero, dentro de una capilla baja; y, en fin, el año de 1651 hicieron los PP. Dominicos nueva traslación de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas más suntuosas y magníficas de la iglesia.

La Misa es en honra del santo mártir, y la oración la que signe:

Suplicárnoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devoción la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio. Por Nuestro Señor

Jesucristo.

La Epístola es del cap. 2 y 3 de la segunda del apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo, y la misma que el día 23.

REFLEXIONES

Que una virtud falsa, fingida y aparente irrite la cólera de todos y excite contra ella la indignación universal, no hay cosa más justa; porque los hipócritas son objeto del odio de Dios y ejercicio de la aversión de todos los buenos. Pero que también se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecución en medio del Cristianismo, son hechos que sólo puede hacerlos creíbles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religión y á la razón.

Por más que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su prudencia; por más bello, por más alegre, por más fino, por más brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero, desdeñoso, molesto, porque no es la razón la que pinta á los libertinos la virtud, sino su corazón estragado y corrompido. De aquí nace aquel desenfrenamiento tan general contra la virtud cristiana; mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta la pobre devoción á todos los tiros de la más maligna crítica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar , para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estos pobres contra la murmuración, y de aquí proviene aquella antipatía tan universal, que es la verdadera causa de la persecución que padecen: *Persecutionem patientur.*

Los impíos persiguen la virtud por odio, los indevotos por venganza , los indiferentes por emulación, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. Pero ¿de cuándo acá es delito el no ser uno tan malo ó peor que otro? Hasta aquí habíamos oído, aun á los mismos gentiles, que el nombre sólo de cristiano hacía concebir el ejercicio y la práctica de todas las virtudes, siendo él solo la mejor apología. ¿Quién había de creer que en algún tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres y una vida arreglada á las máximas del Evangelio?

Asombro es que, entre hombres que todos profesan una misma religión, se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiración cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados críticos.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan, y el mismo que el dia 14.

MEDITACIÓN

De la fe cristiana.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que sólo sirve para el fuego. Pero ¿piensas si, cuando venga á juzgar el Hijo del hombre, encontrará mucha fe sobre la Tierra? ¿Hallaría mucha si viniera á juzgar el día de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; pero, entre ellos, ¿hay también muchos verdaderos fieles? ¿O son propiamente fieles todos los cristianos? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corrigiendo las costumbres;

aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dio á la Iglesia más de diez y siete millones de mártires, que pobló los desiertos con un casi infinito número de solitarios; esta fe, digo, ¿vive verdaderamente en mí? Mis máximas, mis costumbres, mi conducta ¿dan á conocer esta fe? El que sólo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano ¿se persuadiría á que yo lo era sólo con verme y observarme?

Dios mío, ¡qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fue el Sol criado para alumbrar ni el fuego para arder, más que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Están contados todos nuestros días, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de ellos en la estrecha obligación que tenemos de servirle y de amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas amorosas, todo es bagatela, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religión; ésta es la base sobre que estriba todo el edificio del cristiano; conviene á saber: el persuadirnos y creer firmemente que ningún otro objeto nos puede hacer felices, sino la posesión de solo Dios.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, aunque es cosa bien extraña que se hallen en medio del Cristianismo algunos cristianos que hacen todo lo que pueden para no creer aquello mismo que temen, aun es mucho más extraño que se encuentren no pocos que hacen ostentación de no temer aquello mismo que creen. ¿Puede haber más impenetrable misterio de iniquidad? Rendirse el entendimiento á la ley y resolverse el corazón contra sus preceptos; religión santa y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que

impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irreprochable, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree. A la verdad, es deplorable la suerte de los infieles; pero el desorden de la mayor parte de los cristianos ¿los promete mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia, no tener derecho á la eterna bienaventuranza; pero ¿será desgracia menor ser hijo de la Iglesia y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? Ciertamente, ¿cuál será menos malo, no creer lo que hay obligación de creer ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿Por cuál de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿Cuál es mi fe y cuáles mis costumbres? En fin, yo creo, porque me causaría horror el ser infiel; pero ¿vivo como cristiano?

Creo que el Infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal, ¡y todavía pecco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez está realmente presente en el sacramento del Altar; ¡y estoy sin respeto, sin devoción, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es y lo que vale una Misa; y ¿con qué devoción, con qué ansia asisto á ella? ¡Oh Dios, y qué terrible efecto hace en el corazón de un moribundo esta oposición de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo de esto en aquella fatal hora que dentro de poco tiempo ha de decidir mi suerte eterna? ¡Ah, Dios mío! ¡Qué sería de mi, cuál suerte sería la mía si en este mismo punto hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿Me serviría de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe; mis costumbres contradicen mi religión. Y ¿me contentaré con sólo considerar que sería digno de la mayor compasión si muriese en circunstancias en que yo mismo había de ser

el primero que me condenase y que me hiciese justicia? ¡ Ah, Señor! Pues no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia; que con ella, de hoy en adelante, mis costumbres, mis máximas y mi vida corresponderán á mi fe.

JACULATORIAS

Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe.—*Marc, 9. Señor, aumentadme la fe.—Luc, 17.*

PROPÓSITOS

1. Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazón estragado que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un heresiarca ó á algún hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se rinda de buena fe á las constituciones de los Papas, ni aun á las decisiones de los Concilios? Cree el hereje que sólo en él reside el Espíritu de Dios. Yo sólo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber más lamentable ceguedad? Y, con todo, éste es el verdadero carácter de todos aquellos que carecen de una fe humilde y sencilla, de todos los que adolecen de falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razón, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa Silla Apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oír, todos obedecer, todos callar. En este punto, el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es

señal, ó es incentivo del espíritu de error. Los de corta capacidad y corto espíritu son más difíciles de sujetarse; de aquí nace que los semisabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad deponen sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto y prevé todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree, de no ver sino lo que ella te pone delante, de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerga ó jerigonza.

2. Ejercítate entre día en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no sólo en la iglesia en el santo sacrificio de la Misa, y durante los demás ejercicios espirituales de obligación ó de devoción, sino en lo restante del día y en medio de otras ocupaciones. El origen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Di con aquel padre de quien habla el Evangelio: Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe. Sí, Señor, yo creo firmemente que Vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo, que bajasteis al mundo á redimirme; ó, en fin, con los Apóstoles: Señor, aumentadnos la fe.